

1. Leer – Lea los versos despacio y con devoción, varias veces. Escriba cualquier palabra o frase que haya resonado más en su mente y corazón:

2. Meditar – Ahora, comience a reflexionar sobre los versos leídos y pregúntele a Dios qué quiere decirle a través del pasaje bíblico. **¿Señor, que me estás diciendo con esto?**

3. Reza – Responde desde tu corazón a lo que Dios te ha estado hablando. **¿Qué es lo que quieres decirme?** Escribe tu oración al Señor o anota lo que sientas te ha hablado.

4. Contempla – Quédate en silencio y disfruta de Su Paz y Su Presencia. **¿Cómo esta Dios llamándote a actuar en respuesta a lo que te ha mostrado y enseñado?**

[1] Juan 19:28
[2] Juan 19:5
[3] Salmos 22:15-16
[4] Génesis 2:7

**SIGN UP free for
Link to Liturgy**



¡Conexión Directa!

¿Qué dice el Evangelio según Juan 4:5-42 - pg. 1

¿Qué dice la Iglesia del pasado y el presente? - pg. 2-3

¿Qué te dice Dios a través de este pasaje? - pg. 4

Lectura del Evangelio – Juan 4:5-42 – Misal Romano

Jesús llegó a un pueblo de Samaria llamado Sicar, cerca de la tierra que Jacob dio a su hijo José. Allí se encuentra el pozo de Jacob. Jesús, cansado por la caminata, se sentó al borde del pozo. Era cerca del mediodía. Fue entonces cuando una mujer samaritana llegó para sacar agua, y Jesús le dijo: “Dame de beber.” Los discípulos se habían ido al pueblo para comprar algo de comer. La samaritana le dijo: “¿Cómo tú, que eres judío, me pides de beber a mí, que soy una mujer samaritana?” (Se sabe que los judíos no tratan con los samaritanos). Jesús le dijo: “Si conocieras el don de Dios, si supieras quién es el que te pide de beber, tú misma le pedirías agua viva y él te la daría.” Ella le dijo: “Señor, no tienes con qué sacar agua y el pozo es profundo. ¿Dónde vas a conseguir esa agua viva? Nuestro antepasado Jacob nos dio este pozo, del cual bebió él, sus hijos y sus animales; ¿eres acaso más grande que él?” Jesús le dijo: “El que beba de esta agua volverá a tener sed, pero el que beba del agua que yo le daré nunca volverá a tener sed. El agua que yo le daré se convertirá en él en un chorro que salta hasta la vida eterna.” La mujer le dijo: “Señor, dame de esa agua, y así ya no sufriré la sed ni tendré que volver aquí a sacar agua.” Jesús le dijo: “Vete, llama a tu marido y vuelve acá.” La mujer contestó: “No tengo marido.” Jesús le dijo: “Has dicho bien que no tienes marido, pues has tenido cinco maridos, y el que tienes ahora no es tu marido. En eso has dicho la verdad.” La mujer contestó: “Señor, veo que eres profeta. Nuestros padres siempre vinieron a este cerro para adorar a Dios y ustedes, los judíos, ¿no dicen que Jerusalén es el lugar en que se debe adorar a Dios?” Jesús le dijo: “Créeme, mujer: Llega la hora en que ustedes adorarán al Padre, pero ya no será “en este cerro” o “en Jerusalén”. Ustedes, los samaritanos, adoran lo que no conocen, mientras que nosotros, los judíos, adoramos lo que conocemos, porque la salvación viene de los judíos. Pero llega la hora, y ya estamos en ella, en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad. Entonces serán verdaderos adoradores del Padre, tal como él mismo los quiere. Dios es espíritu, y los que lo adoran deben adorarlo en espíritu y en verdad.” La mujer le dijo: “Yo sé que el Mesías (que es el Cristo), está por venir; cuando venga nos enseñará todo.” Jesús le dijo: “Ese soy yo, el que habla contigo.” En aquel momento llegaron los discípulos y se admiraron al verlo hablar con una mujer. Pero ninguno le preguntó qué quería ni de qué hablaba con ella. La mujer dejó allí el cántaro y corrió al pueblo a decir a la gente: “Vengan a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho. ¿No será éste el Cristo?” Salieron, pues, del pueblo y fueron a verlo. Mientras tanto los

discípulos le insistían: “Maestro, come.” Pero él les contestó: “El alimento que debo comer, ustedes no lo conocen.” Y se preguntaban si alguien le habría traído de comer. Jesús les dijo: “Mi alimento es hacer la voluntad de aquel que me ha enviado y llevar a cabo su obra. Ustedes dicen: “dentro de cuatro meses será tiempo de cosechar”. ¿No es verdad? Pues bien, yo les digo: Levanten la vista y miren los campos: ya están amarillentos para la siega. El segador ya recibe su paga y junta el grano para la vida eterna, y con esto el sembrador también participa en la alegría del segador. Aquí vale el dicho: Uno es el que siembra y otro el que cosecha. Yo los he enviado a ustedes a cosechar donde otros han trabajado y sufrido. Otros se han fatigado y ustedes se han aprovechado de su trabajo.” Muchos samaritanos de aquel pueblo creyeron en él por las palabras de la mujer, que declaraba: “Él me ha dicho todo lo que he hecho.” Cuando llegaron los samaritanos donde él, le pidieron que se quedara con ellos. Y se quedó allí dos días. Muchos más creyeron al oír su palabra, y decían a la mujer: “Ya no creemos por lo que tú has contado. Nosotros mismos lo hemos escuchado y sabemos que éste es verdaderamente el Salvador del mundo.”

Lectura Espiritual – Oficio de Lecturas – Tercer Domingo de Cuaresma

De los tratados de San Agustín, obispo, sobre el evangelio de San Juan
Llega una mujer. Se trata aquí de una figura de la Iglesia, no santa aún, pero sí a punto de serlo; de esto, en efecto, habla nuestra lectura. La mujer llegó sin saber nada, encontró a Jesús, y él se puso a hablar con ella. Veamos cómo y por qué. Llega una mujer de Samaria a sacar agua. Los samaritanos no tenían nada que ver con los judíos; no eran del pueblo elegido. Y esto ya significa algo: aquella mujer, que representaba a la Iglesia, era una extranjera, porque la Iglesia iba a ser constituida por gente extraña al pueblo de Israel. Pensemos, pues, que aquí se está hablando ya de nosotros: reconozcámonos en la mujer, y, como incluidos en ella, demos gracias a Dios. La mujer no era más que una figura, no era la realidad; sin embargo, ella sirvió de figura; y luego vino la realidad. Creyó, efectivamente, en aquel que quiso darnos en ella una figura. Llega, pues, a sacar agua. Jesús le dice: “Dame de beber”. Sus discípulos se habían ido al pueblo a comprar comida. La samaritana le dice: “¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?” Porque los judíos no se tratan con los samaritanos. Vean cómo se trata aquí de extranjeros: los judíos no querían ni siquiera usar sus vasijas. Y como aquella mujer llevaba una vasija para sacar el agua, se asombró de que un judío le pidiera de beber, pues no acostumbraban a hacer esto los judíos. Pero aquel que le pedía de beber tenía sed, en realidad, de la fe de aquella mujer. Fíjate en quién era aquel que le pedía de beber: Jesús le contestó: “Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te pide de beber, le pedirías tú, y él te daría agua viva.” Le pedía de beber, y fue él mismo quien prometió darle el agua. Se presenta como quien tiene indigencia, como quien espera algo, y le promete abundancia, como quien está dispuesto a dar hasta la saciedad. Si conocieras —dice— el don de Dios. El don de Dios es el Espíritu Santo. A pesar de que no habla aún claramente a la mujer, ya va penetrando, poco a poco, en su corazón y ya la está

adoctrinando. ¿Podría encontrarse algo más suave y más bondadoso que esta exhortación? Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te pide de beber, le pedirías tú, y él te daría agua viva. ¿De qué agua iba a darle, sino de aquella de la que está escrito: En ti está la fuente viva? Y ¿cómo podrán tener sed los que se nutren de lo sabroso de tu casa? De manera que le estaba ofreciendo un manjar apetitoso y la saciedad del Espíritu Santo, pero ella no lo acababa de entender; y como no lo entendía, ¿qué respondió? La mujer le dice: “Señor, dame esa agua: así no tendré más sed, ni tendré que venir aquí a sacarla.” Por una parte, su indigencia la forzaba al trabajo, pero, por otra, su debilidad rehuía el trabajo. Ojalá hubiera podido escuchar: Venid a mi todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré. Esto era precisamente lo que Jesús quería darle a entender, para que no se sintiera ya agobiada; pero la mujer aún no lo entendía.

Sacramentos de Iniciación - Lección y Discusión

“el agua que yo doy se convertirá en él en manantial de agua que brota para la vida eterna”

¿Cuáles son las similitudes entre Jesús en el pozo, y Jesús en la Cruz? En el pozo, Jesús dice, “Dame de beber.” En la cruz, Jesús dice, “Tengo sed” [1] En el pozo Él nos muestra su sed por el alma de una mujer y por toda la gente. En la cruz, Él nuevamente nos muestra su sed por cada alma.

¿Qué había en la mente de Cristo cuando Él estaba sufriendo y muriendo? Nuestras almas estaban en la mente de Cristo mientras él estaba sufriendo y muriendo. No pidió alivio, comodidad o con gritos de enojo, pero en cambio nos llama, pide nuestra alma. Cuando tenía sed en el Calvario, podemos estar seguros de que Jesús se acordó de su sed en el pozo y la generosidad de la mujer que le dio algo mejor que un sorbo de agua. Ella le dio su alma. También podemos estar seguros de que cuando tenía sed en el Calvario, cada ofrenda de fe, esperanza y amor que hacemos, cada sacrificio, cada oración es una gota agradable de agua fresca. En el pozo, la mujer vio a un hombre. Este hombre es al principio un extraño para ella. Ella entonces le respeta, llamándolo «señor». Ella pasa a llamarlo, 'profeta' y luego incluso dice: "¿No será éste el Cristo?" El pozo es para ella y para nosotros, un proceso de contemplar al hombre. Antes de la Pasión y Muerte de la Cruz, en la primera de las catorce estaciones, Pilato nos dice a todos nosotros: “He aquí el Hombre.”[2] En la Cruz, Jesús reza el Salmo 22. “Como el agua, mi vida se escurre, todos mis huesos se ablandan. Mi corazón se ha vuelto como cera, se derrite en mi interior. Mi garganta está tan seca como una teja [arcilla] y mi lengua se pega a mi paladar; me ponen en el polvo de la muerte.”[3] En el pozo, Jesús dice, “el agua que yo doy se convertirá en él en manantial de agua que brota para la vida eterna.” En la cruz Jesús dice, “Como el agua, mi vida se escurre.” El agua que Jesús da es el manantial de sangre y agua de su costado que brota para la vida eterna. En la Cruz, la fuente de agua viva, llega a secarse tanto como la arcilla, mientras Él da su vida. En la cruz, el mismo Dios que le dio el soplo de vida a Adán,[4] se le ha quitado el aliento a través de tres horas de asfixia.